

LA EXPERIENCIA DEL PERDÓN COMO CONFIRMACIÓN DEL VALOR PROPIO Y AJENO

*Y me repito a mí misma que el secreto de la vida debe residir en ese abrazo
y en esa mirada, y que la vida humana es posible por cada milagro
de resurrección escondido en cada uno de esos abrazos
y esas miradas. Marisa Mosto, El mal y la libertad.*

Introducción

Los hombres contemporáneos nos encontramos en una situación paradójica: por un lado, necesitamos entrar en comunión con lo otro para poder realizarnos y tener una vida plena, pero por otro, no hacemos más que crear barreras y muros entre nosotros y el mundo. Buscamos estar solos porque la presencia del otro nos molesta pero ya ni siquiera nos aguantamos a nosotros mismos. Nuestro propio cuerpo y vida nos resultan ajenos. El desierto es el que nos encontramos ya no tiene ni principio ni fin.

«¿Alguna vez se organizó tanto, se edificó, se acumuló tanto, y simultáneamente, se estuvo alguna vez tan atormentado por la pasión de la nada?»¹ El desierto que presenciamos es un desierto paradójico, sin catástrofes ni tragedias: un desierto silencioso.

Vivimos en la era de los espacios abandonados, vaciados de sustancia. El hundimiento de los ideales y el vacío de sentido ya no llevan a la angustia metafísica, lo único que hay es indiferencia, objetividad fría, abandono de lo real, soledad indiferente. Y el hombre indiferente no se aferra a nada, no tiene certezas absolutas, ya nada le sorprende. El mundo ha perdido para él su encanto.

Para lo único que hay lugar es para la relación del sí mismo a sí mismo. La figura de Narciso representa el nuevo modelo de hombre y de sus relaciones, obsesionado y replegado sobre sí. Y como consecuencia de esto, sufrimos una fuerte fragmentación tanto fuera como dentro de nosotros mismos. La relación con el hombre ha sucumbido y la figura del otro ha desaparecido de la escena social: el hombre se ha vuelto incapaz de vivir lo otro. Renuncia al amor diciendo «me amaré a mí mismo lo suficiente como para no necesitar de otro que me haga feliz».²

¹ Giles Lipovetski, *La era del vacío*. Barcelona, Anagrama, 1990, p. 34.

² «*To love myself enough so that I do not need another to make me happy*». G. Lipovetski, *La era del vacío*. p.54.

El proceso narcisista es la estrategia del vacío. El mundo se ha convertido en un infierno de mónadas insensibles e independientes.³ En todas partes encontramos soledad, vacío, dificultad para sentir y ser transportados fuera de nosotros mismos. «¿Por qué no puedo yo amar y vibrar? Desolación del Narciso, demasiado bien programado en absorción en sí mismo para que pueda afectarle el Otro, para salir de sí mismo, y sin embargo, insuficientemente programado, ya que todavía desea una relación afectiva.»⁴

Podemos decir entonces que presenciamos hoy en día una muerte del otro: el hombre se auto-mutila, se corta las alas que le permiten desplegarse en lo propio, al echar al otro y sus necesidades de su vida. ¿Sumidos en tan profunda indiferencia, no le habremos cerrado las puertas casi definitivamente a la misericordia? ¿Es posible salir de este estado? ¿Hay esperanza? ¿Cómo lograrlo? Éstas y muchas otras preguntas nos urgen hoy como filósofos y como cristianos. Lo que nos proponemos en esta presentación es echar luz sobre algunas de estas cuestiones, a partir del pensamiento de Santo Tomás de Aquino y otros autores.

La necesidad de retornar a la experiencia del don y de comulgar con la mirada del otro

Dada la situación recién descrita, consideramos que la primera necesidad frente a la que nos encontramos es volver a la experiencia del don. La existencia es don, «Todo es don», dijo Pablo VI en el discurso antes de su muerte, lamentándose de no haber admirado lo suficiente la morada en que se desarrolla vida. Es la voluntad divina la que nos trae a la existencia, el ser queridos por Dios. Son su voluntad y su misericordia las que nos mantienen en el ser. Dice Santo Tomás que Dios es sumamente misericordioso. «Es propio de Dios usar misericordia y especialmente en esto se manifiesta su omnipotencia.»⁵ Estas palabras muestran que la misericordia divina no es un signo de debilidad, sino más bien la cualidad de la omnipotencia de Dios. Dice el Aquinate que misericordioso es el que se entristece por la miseria ajena como si fuera propia, pero Dios no posee la misericordia como pasión sino como efecto. Esto significa que Dios no se entristece propiamente por la miseria ajena sino que la destierra.⁶

El hombre se halla perdido y necesita reencontrarse, para así poder salir al encuentro del otro. Cuando el hombre retorna a esa experiencia de Dios como don, retorna a sí mismo. Cuando

³ G. Lipovestki, *La era del vacío*. p.77.

⁴ Ibidem. p. 78.

⁵ Santo Tomás de Aquino, *Suma de Teología*. Ed. Biblioteca de autores cristianos, cuarta edición, Madrid, 2001. Parte II-II, cuestión 30, a. 4.

⁶ Santo Tomás de Aquino, *Suma de Teología*. Parte I, cuestión 21, art. 3.

el hombre sube a Dios baja a su centro dice Edith Stein. El exceso de donación pone de relieve a un Dios en el plano de lo excesivo y entonces el hombre se experimenta como indigente y necesitado de Él. El hombre experimenta su vida como un bien pero también intuye que mucho le falta, siente dentro de sí *el hueco de una plenitud desconocida*.⁷

Dice Edith Stein:

*Mi ser, en el modo como lo encuentro dado y en el cual me encuentro a mí misma, es un ser inconsistente; yo no soy por mí, por mí soy nada, en cada instante me encuentro frente a la nada y debo recibir como regalo de instante en instante de nuevo el ser. Sin embargo este ser inconsistente es «ser» y yo en cada momento estoy en contacto con la plenitud del ser.*⁸

El hombre contemporáneo necesita retornar a la experiencia del don, que es lo que Stein describe como experiencia del carácter contingente, porque ésta es en definitiva, la experiencia de saberse valioso. Sin embargo, parece que al hombre no le basta con sentirse valioso ante los ojos de Dios, y Pieper lo señala muy bien:

*Es evidente que no nos basta con existir «sin más ni más», como ya ocurre de todos modos. Precisamos también de una aprobación expresa de ese hecho: «Me parece bien que existas, es maravilloso que estés ahí». En otros términos, lo que necesitamos además del puro existir es esto: ser amados por un semejante. Algo asombroso, si se mira de cerca. El haber salido de las manos de Dios no es, al parecer, bastante; se requieren una continuación y una consumación... por la fuerza creadora del amor humano.*⁹

Aunque estemos viviendo un olvido del otro, hay algo que nos impide quedarnos encerrados en nosotros mismos. El hombre busca entrar en comunión con lo otro, y de esta comunión depende su vida. La mirada humana busca comulgar con otra mirada¹⁰, conquistar esa mirada y ser imagen para ella. Esta mirada es un posible lugar de encuentro, nos abre a un espacio, a una morada común donde habitar; es una mirada hospitalaria que viene con un permiso para entrar en la vida del otro y penetrar en el misterio de la existencia.

Amar a alguien significa aprobarlo como ser bueno; volverse hacia él y decirle: *¡Me parece bien que existas, que estés en el mundo!*¹¹ No se trata de un mero mostrarse satisfecho sino de un aplauso entusiástico: quiero que tú existas. El hombre no solo necesita la aprobación

⁷ Oliver Clement, *Sobre el hombre*. Madrid, Encuentros, 1983. p. 36

⁸ Edith Stein, *Ser finito y ser eterno*. México, FCE, 1996. p. 92

⁹ Josef Pieper, *Antología*. Barcelona, Herder, 1984, p.43-44

¹⁰ Cfr. Marisa Mosto, Capítulo: "La imagen y la mirada" en *El mal y la libertad*. Ediciones Sabiduría Cristiana, Buenos Aires, 2009. p. 17-52

¹¹ Josef Pieper, *Antología*. p.41

de Dios para existir, sino también la de otro ser humano. Y consideramos que, dentro de las múltiples facetas de la misericordia, el perdón puede revelárenos como una de las grandes instancias de reconocimiento del valor, tanto propio –al recibirlo– como ajeno –cuando lo otorgamos.

El perdón como instancia de reconocimiento del valor de la persona

Hannah Arendt sostiene que dado que el hombre es libre, cabe esperarse de él lo inesperado, lo nuevo, que aparece siempre bajo la forma de milagro¹². Este carácter de lo pasmoso inesperado inherente al obrar humano hace que nuestras acciones tengan que sortear también algunos obstáculos. Uno de ellos es la irreversibilidad de nuestros actos.

Dado que la acción siempre se da en el presente, no podemos actuar sobre el pasado y tenemos que cargar con el peso de lo que hemos hecho. Pero Arendt dice que hay una forma de liberarnos del pasado, y es a través del *perdón*. Éste aparece como el remedio frente a la irreversibilidad. El perdón no es un acto como cualquier otro, es un acto inesperado que no puede predecirse; es la única acción que no re-actúa, sino que actúa de nuevo¹³.

Creemos que lo más llamativo de la concepción de Hannah Arendt es que el perdón es un acto eminentemente personal. Solo el amor puede perdonar porque es plenamente receptivo de quién es alguien, descubridor del núcleo de la otra persona como para perdonar. Y esto está perfectamente alineado con lo que nos propone Santo Tomás en la Suma Teológica. En un momento éste retoma un texto de San Agustín de IX *De civ. Dei* que dice: «la misericordia es la compasión que experimenta nuestro corazón ante la miseria de otro, sentimiento que nos compele, en realidad, a socorrer, si podemos.»¹⁴ La misericordia es la virtud de quien se duele de la miseria del otro, que nos hace sufrir y nos afecta. Pero solo puede sentir compasión por la miseria del otro el que a pesar de todo, encuentra en ese rostro un valor; solo puede perdonar el que ama.

Necesitamos experimentar el perdón, para recobrarlos de las faltas que hemos cometido, éste nos exonera de lo que hemos hecho y confirma nuestro valor a pesar de todo. Y esta confirmación se da en un doble plano: en primer lugar, precisamos experimentar la misericordia

¹² Cfr. Hannah Arendt, *La condición humana*. Ed. Paidós, Buenos Aires, 2009. p. 202.

¹³ Cfr. Hannah Arendt, *La condición humana*. p. 260

¹⁴ Santo Tomás de Aquino, *Suma de Teología*. Parte II-IIae, cuestión. 30, art 1.

de Dios; pero como dijimos anteriormente, paradójicamente esto no nos basta, requerimos también del perdón de nuestros hermanos para que nuestra vida prosiga.

Al recibir el perdón somos confirmados en nuestro valor, a pesar de las miserias, porque el amor puede ir más allá de todo mal. Al otorgarlo, confirmamos el valor del otro y nos hacemos más semejantes a Dios.

Conclusión

Al cerrarse sobre sí mismo, el hombre se aísla, se vuelve egoísta, olvida la trascendencia del otro y destierra de su casa toda posibilidad de hospitalidad. «El hombre y la mujer no cesan de decirse el uno al otro: ¿dónde estás?»¹⁵. Entran en contacto pero están desencontrados. Se dejan arrastrar por el juego impersonal del eros, en el que se buscan para encontrarse por lo menos un instante, perderse de nuevo, o no encontrarse jamás. Esta clase de amor, si es que se le puede decir ‘*amor*’, está impregnado de angustia, de vacío absoluto.

Sin embargo, sus tendencias lo impulsan a la comunión con lo otro, y de esta comunión depende su vida. El hombre busca la mirada del otro que lo confirma en su existencia individual. Simone Weil sostiene que «los desdichados no tienen en este mundo mayor necesidad que la presencia de alguien que les preste atención. [...] Esta mirada es, ante todo, atenta; una mirada en la que el alma se vacía de todo contenido propio para recibir al ser al que está mirando tal cual es, en toda su verdad.»¹⁶ Pero creemos que no son solo los desdichados¹⁷ los que necesitan de una mirada atenta, sino que todos necesitamos sentirnos valiosos para estar seguros de nosotros mismos y creer que nuestra vida tiene alguna razón de ser. No somos más que mendigos indigentes en busca de la confirmación del propio valor.

Es por esto que consideramos de vital importancia que cada persona haga propia esta experiencia, porque solo si estamos convencidos de que nuestra vida vale la pena podemos regalar nuestra existencia a otro, confirmando, a su vez, su valor. Y creemos que una de las vías posibles para poder abrir paso a la figura del otro, bastante olvidada en nuestra sociedad contemporánea, es la del perdón.

Necesitamos reconquistar esta instancia de reconocimiento, porque al recibir el perdón somos confirmados en la existencia y «la simple experiencia de resultar valioso e importante para

¹⁵ Paul Evdokimov, Citado por Oliver Clement en *Sobre el hombre*. p.126.

¹⁶ Simone Weil, *A la espera de Dios*. Ed. Trotta, Madrid, 1993. p.72

¹⁷ Weil se refiere con desdichados a los más pobres, los marginados de la sociedad, los que nadie les presta atención.

otra persona tiene un tremendo poder recreador.»¹⁸ Cuando nos experimentamos valiosos nos ponemos a trabajar por lo que es bueno. De esta manera, podemos convertirnos también, como imágenes de Dios que somos los hombres, en confirmadores del valor del otro, no solo cuando amamos, sino también al otorgar el perdón.

Muchas veces no somos conscientes de la riqueza que tenemos para compartir con los demás, y necesitamos de la mirada del otro que nos saque de ese pozo de oscuridad en el que estamos inmersos. «La única salida aquí es un rostro [...] únicamente su mirada nos salva de la nada [...] ¿Y qué es un rostro hecho mirada sino un desgarrón salvador en la inmensidad cerrada del mundo?»¹⁹ El yo es para el tú el verdadero descanso de su anhelo de comunión.

Mariana Rodríguez Ruiz

18 J. Nouwen, *La compasión en la vida cotidiana*. Ed. Lumen, Madrid, 1996. p.96

19 Oliver Clement, *Sobre el hombre*. Pág. 82.

LA EXPERIENCIA DEL PERDÓN COMO CONFIRMACIÓN**DEL VALOR PROPIO Y AJENO**

Vivimos en la era de los espacios abandonados, vaciados de sustancia. El hundimiento de los ideales y el vacío de sentido ya no llevan a la angustia metafísica, lo único que hay es indiferencia, objetividad fría, abandono de lo real, soledad indiferente. Y al hombre indiferente ya nada le sorprende, el mundo ha perdido para él su encanto. La figura de Narciso representa el nuevo modelo de hombre y de sus relaciones, obsesionado y replegado sobre sí. La relación con el hombre ha sucumbido y la figura del otro ha desaparecido de la escena social: el hombre se ha vuelto incapaz de vivir lo otro. Al cerrarse sobre sí mismo, el hombre se aísla, se vuelve egoísta, olvida la trascendencia del otro y destierra de su casa toda posibilidad de hospitalidad. Sin embargo, el hombre busca comulgar con la mirada del otro que lo confirma en su existencia individual, y de esta comunión depende su vida. Creemos que una de las vías posibles para poder abrir paso a la figura del otro en nuestra sociedad contemporánea, es la del perdón. Esta experiencia nos pone ante el valor de nuestra existencia. Y esta confirmación se da en un doble plano: en primer lugar, precisamos experimentar la misericordia de Dios; pero paradójicamente esto no nos basta, requerimos también del perdón de nuestros hermanos para que nuestra vida prosiga. Al recibir el perdón somos confirmados en nuestro valor, a pesar de las miserias. Al otorgarlo, confirmamos el valor del otro y nos hacemos más semejantes a Dios.